



# Promover juntos una mayor vitalidad del carisma

**LA NUEVA RELACIÓN ENTRE HERMANOS, LAICOS Y LAICAS, QUIERE AYUDAR AL SURGIMIENTO DE UNA VIDA CONSAGRADA NUEVA QUE PROMUEVA UN NUEVO MODO DE SER HERMANO**

ficha

8

*Compartir la misma herencia, sentirnos complementarios, significa ayudarnos para hacer surgir una nueva vida consagrada y un nuevo modo de ser hermano.*

*La vocación del laico, es **suelo común** de nuestras raíces. Nos sostiene a todos, hermanos y laicos.*

El carisma marista nos une a hermanos y laicos. Pero lo vivimos desde proyectos de vida específicos. La identidad del hermano viene señalada en las Constituciones como seguimiento de Cristo, al estilo de María, en su vida de amor al Padre y a los hombres. El hermano pretende alcanzar este ideal en comunidad.

Compartir la misma herencia, sentirnos complementarios, significa ayudarnos para hacer surgir una nueva vida consagrada y UN NUEVO MODO DE SER HERMANO, como nos sugiere el XXI Capítulo General. El camino de la nueva relación se convierte en un reto de cambio. El compartir el carisma ofrece a la vida consagrada marista una nueva posibilidad: la de manifestar cómo establecer un auténtico diálogo de vida y amistad, entre iguales, con aquellas mujeres y hombres laicos que quieran compartir con nosotros el carisma. Supone estar dispuestos a modificar nuestras formas de vivir, de orar, de actuar.

Quizás en esta búsqueda, junto con los laicos, de una nueva forma de ser hermano, tengamos que “recuperar esa exageración de la fraternidad, como algo propio de nuestro ser hermano, y de este modo hacer visible y creíble el rostro misericordioso de Dios. Ser hermano, tal vez ésta fue la intuición más original de nuestros fundadores, cuando, siguiendo las mociones del Espíritu, descubrieron que



Encuentro de hermanos y laicos en Sri Lanka

nuestro lugar en la Iglesia estaba en la minoridad, en la fraternidad universal, en el ministerio educativo, uniéndonos a la misión salvadora iniciada por Jesucristo” (Oscar Elizalde, FSC). El término hermano encierra una rica espiritualidad, plena de mística y profecía para nuestros tiempos. Podemos reconocer que la vocación de hermano no se reduce a un sector de la Iglesia, sino que constituye una dimensión totalizante de la misma vocación.

Todos nacemos a la fe y entramos en la Iglesia como laicos (miembros del pueblo cristiano) y en ese marco común somos llamados a ejercer

determinadas funciones al servicio de la comunidad eclesial, a vivir determinadas características que pertenecen al patrimonio común, y a servir a la misión común desde carismas y ministerios concretos.

Desde la sensibilidad eclesial actual, tan genuinamente evangélica, consideramos que todas las personas cristianas estamos llamados a la radicalidad del seguimiento de Jesús, cada una desde su vocación particular. Así, las personas laicas tienen su propio lugar, un lugar que no está definido por la negación de otras vocaciones. Esta dimensión laical, es decir, de pertenencia al pueblo, nunca nos abandona: unos la viven de forma significativa (los cristianos laicos); otros (sacerdotes y religiosos) como referencia constante que les recuerda para quién y en función de quién ejercen su ministerio.

La Iglesia nace laica. Jesús, María, José y los primeros apóstoles son todos laicos. La diferenciación entre clero y laicado no aparece más que a inicios del siglo II para significar a los ministros del culto en referencia al resto de creyentes. La secularidad es nota específica de todo el Pueblo de Dios, de toda la Iglesia (consecuencia de la Encarnación), pero vivida por los fieles laicos de forma peculiar (índole secular), en cuanto se encuentran plenamente insertados en la mundanidad (Raúl Berzosa).

La radicalidad evangélica y la exageración profética no son monopolio de la vida religiosa. En el estado laical se encuentran personas casadas y solteras que tienen el don profético de la radicalidad evangélica y la viven en el quehacer cotidiano (José María Arnaiz).

No es el religioso el que debe buscar y amar a Dios ante todo (PC 6), sino cualquier cristiano. Lo que se presenta como descriptivo y característico de la vida religiosa pertenece a la existencia bautismal. Por eso en la actualidad, un cristiano que se plantea el seguimiento radical de Cristo no piensa necesariamente en la vida religiosa, a diferencia de la época preconciliar (Juan Antonio Estrada). En la Asamblea de Mendes se afirmó que “como maristas somos llamados a centrar apasionadamente nuestras vidas en Jesucristo, desarrollando una espiritualidad de seguimiento”.

La vocación del laico, es SUELO COMUN DE NUESTRAS RAICES. Este suelo común nos sostiene a todos, hermanos y laicos, y en él encontramos: una Iglesia toda ella ministerial, donde la misión, la única misión de la Iglesia, es compartida por todos; con la referencia a los Sacramentos de la Iniciación como fuente y fundamento común de toda vida cristiana; donde todos tienen una igual dignidad que sólo la da el Bautismo; donde los laicos, al igual que todos los demás, son protagonistas, y no sólo “objeto” de la evangelización, y ello no les viene por cesión de la jerarquía sino por los Sacramentos de la Iniciación; donde el sacerdocio común de los fieles y el ministerial de los presbíteros se ordenan el uno al otro sin que ello suponga preeminencia de nadie; donde cada uno, desde su vocación, desde su carisma, desde su ministerio, se convierte en signo para todos los demás; donde todos están llamados igualmente a la santidad, y donde la llamada a la radicalidad evangélica se presenta como característica bautismal que se puede vivir en una diversidad de vocaciones cristianas. (cfr Antonio Botana).

De esta forma relaciona Juan Antonio Estrada el futuro de la vida religiosa con la vocación laical: La revalorización teológica del laicado afecta al núcleo de la vida religiosa y la obliga a replantearse su sentido y sus tareas actuales. La condición laical se convierte hoy en el referente fundamental para entender el seguimiento y la imitación de Cristo, desplazando al monje como prototipo de santidad y de perfección cristiana. El futuro de las congregaciones se juega en buena parte en su capacidad de incorporar a los laicos a sus instituciones y de dejarse fecundar por sus experiencias. No se trata simplemente de incorporar a los laicos a las obras apostólicas de cada congregación, ni de buscar formas nuevas de vinculación, sino de revitalizar el carisma fundacional a partir de lo que pueden aportar los laicos para hacer las congregaciones más eficientes, mejor adaptadas a la sociedad y más capaces de coordinar la contemplación y la acción en un contexto mundano. La apertura a los laicos y la reestructuración interna de las congregaciones puede ser el germen de nuevas formas de vida religiosa, como en



el pasado, pero esta vez haciendo de los laicos protagonistas de los cambios y co-partícipes en la toma de decisiones. La espiritualidad tendrá que construirse desde la complementariedad, reconociendo la pluralidad de identidades, que es la que permite ahondar en la propia, en contraste con la de los otros.

No se trata sólo de integrar a los laicos, sino de aprender de ellos y de colaborar ambos para que la vida religiosa no se acomode al estilo de vida de las sociedades modernas, sino que sirva de alternativa crítica respecto de ellas. La búsqueda de nuevas respuestas no puede venir sólo de los laicos, pero difícilmente se logrará al margen de ellos. Sensibilizarse respecto a los cambios sociales y abrirse a nuevas experiencias es uno de los requisitos exigibles para no quedarse en una simple modernización ornamental del modelo antiguo. La transformación profunda que se está operando en nuestras sociedades, en el contexto de la tercera revolución industrial, la globalización y la postmodernidad o segunda modernidad, hacía inviable la estaticidad de la vida religiosa.

El cambio de paradigma tropieza con la figura histórica asumida por la vida religiosa a lo largo de los siglos, privilegiando un conjunto de estructuras y prácticas internas que la definen. Esta perspectiva da la primacía a la tradición sobre los retos actuales de la misión, promueve la perspectiva jurídica respecto a las innovaciones creativas, y realza las tareas profesionales y las cargas institucionales por encima de las personas. Hay alergia a lo nuevo. Cuando la vida religiosa se integra en esta dinámica restauradora deja de ser un laboratorio del cristianismo, como en otras épocas históricas. Y si la creatividad no tiene cabida en la vida religiosa busca otros caminos, en el mejor de los casos las asociaciones laicales. Esta es la perspectiva que defiende Carlos Palacios, que propone el simbolismo del sacrificio de Isaac como apelación a que la vida religiosa sacrifique su figura histórica y se abra a las interpelaciones y exigencias del presente. Tiene que renunciar a centrarse en sí misma, asumir el agotamiento de su modelo histórico, y rememorar creativamente su carisma fundacional dándole nuevas formas.

**Un nuevo modo de  
ser hermano**



# Para profundizar



Miembros de fraternidad de Brasil

## *Lecturas que pueden ayudar*

- Documento final de Quito
- Documento final de St. Paul-Tois-Châteaux

La siguiente afirmación es de Juan Antonio Estrada: El futuro de las congregaciones se juega en buena parte en su capacidad de incorporar a los laicos a sus instituciones y de dejarse fecundar por sus experiencias. No se trata simplemente de incorporar a los laicos a las obras apostólicas de cada congregación, ni de buscar formas nuevas de vinculación, sino de revitalizar el carisma fundacional a partir de lo que pueden aportar los laicos para hacer las congregaciones más eficientes, mejor adaptadas a la sociedad y más capaces de coordinar la contemplación y la acción en un contexto mundano.

En ese futuro de nuestra Congregación ¿cómo crees sería el nuevo modo de ser hermano?

## *¿Qué tiene que morir en mí para que esa nueva relación nazca?*

Nos cuesta aceptar que para que algo nuevo nazca, algo tiene que morir. Nos resistimos a la muerte. Una nueva relación hermanos – personas laicas. ¿Qué tiene que morir en mí para que esa nueva relación nazca? (h. Emili).

### **Confrontarme:**

- Creo que la nueva relación se convierte en un reto para la búsqueda del nuevo modo de ser hermano.
- Estoy dispuesto a modificar mis formas de vivir, de orar, de actuar... para establecer un verdadero diálogo entre los que compartimos el carisma.
- Con mis compañeros de camino, laico o hermano, me siento llamado a la radicalidad del seguimiento de Jesús.
- Intuyo que la apertura a los laicos puede ser el germen de nuevas formas de vida religiosa.
- Siento que el ser “hermano” encierra una rica espiritualidad, plena de mística y profecía para nuestro tiempo.